siente se le interrumpan. Quintín entró en el bosque, y halló fácilmente la cabaña cerca de la cual Hayraddin había dejado á Klepper. Silbó y le llamó, y el animal compareció al momento; pero se pasó algún rato antes que se dejase coger. Relinchaba y se encabritaba al acercársele el extranjero. Por fin, los conocimientos generales que tenía Durward de las costumbres de los caballos, y acaso los que adquiriera del carácter particular de Klepper, habiéndole admirado varias veces durante el viaje que hiciera con Hayraddin, le facilitaron tomar posesión de la manda que acababa de legarle el gitano.

Mucho tiempo antes que Quintín hubiese regresado á Perona, ya estaba Hayraddin en el lugar donde la vanidad de su impía creencia debía sujetarse á juicio. ¡Juicio terrible para un delincuente que no había mostrado arrepentimiento por lo pasado, ni temor de lo venidero!

CAPÍTULO XXXV.

El premio honroso.

Insigne honor es para la hermosura
verse conquistada por la mejor lanza.

El conde Palatino.

Cuando Quintín Durward llegó á Perona, el consejo de Estado se hallaba reunido, y el resultado de esta reunión debía ser mucho más interesante para él de lo que nunca llegara á imaginar, pues aunque compuesto de personas cuya clase no permitía pensar que tuviesen la menor relación con él, influyó, no obstante, extraordinariamente en su destino.

El rey Luís, después de haberse divertido con el intermedio del enviado de Guillermo de la Marck, no dejara escapar ocasión alguna de fomentar el recobro del afecto que esta circunstancia parecía haber inspirado al duque; y no dejó de ocuparse en convenir con él, ó mejor dicho, conformarse con su dictamen, relativamente al número y á la calidad de tropas que debía llevar consigo para seguirle como auxiliar en su expedición contra Lieja. Vió claramente que el cuidado que puso Carlos en no pedir más que muy reducido número de soldados, y en insistir en que fuesen acompañados de señores franceses de elevada clase, llevaba por objeto más bien procurarse rehenes que auxiliares. Sin embargo, no olvidando los consejos que le había dado Comines, accedió á todo lo que el duque quiso en esta parte, con tanto gusto como si hubiese obrado libre y espontáneamente.

No dejó con todo de indemnizarse de esta complacencia,

haciendo recaer los efectos de su vengativo genio en el cardenal de La Balue, cuyos consejos le determinaron á otorgar tan excesiva confianza al duque de Borgoña. Tristán, que llevó la orden á las tropas auxiliares que debían marchar contra Lieja, tuvo al mismo tiempo el encargo de conducir al cardenal al castillo de Loches, y encerrarle en una de aquellas jaulas de hierro, de que se asegura había sido él mismo el inventor.

—Así podrá juzgar del mérito de su invención—dijo el rey. —Como pertenece al alto clero, no podemos derramar su sangre; pero ¡vive Dios! que si por espacio de diez años se halla reducido su obispado á tan estrechos límites, lo tendrá situado á lo menos en fronteras inconquistables, y esto le servirá de indemnización. Haced que las tropas se pongan en marcha inmediatamente.

Acaso Luís con esta pronta complacencia esperaba eludir una condición más desagradable para él, como prenda de su reconciliación. Pero si realmente concibió esta esperanza, no conocía bien aún el carácter de su primo, que de todos los hombres del mundo era acaso el más terco en sus resoluciones, el menos dispuesto á desistir de lo que el resentimiento de supuesta injuria ó el espíritu de venganza le empeñaran á exigir una vez.

Apenas había Luís despachado los expresos necesarios para que se pusieran en marcha las tropas que debían obrar como auxiliares de la Borgoña, cuando le requirió el duque para que diese su público consentimiento al matrimonio del duque de Orleans con Isabel de Croye. El rey condescendió arrojando un profundo suspiro, y se limitó á observar que convenía asegurarse previamente del consentimiento del mismo duque de Orleans.

—Esta formalidad no se ha descuidado—respondió Carlos. —Crève-Cœur habló de esto al duque; y ¡cosa extraña! le encontró tan insensible al honor de casarse con la hija de un rey, que miró la proposición de recibir la mano de la condesa de Croye, como el más agradable ofrecimiento que pudiera hacerle el mejor padre.

—Tanto más ingrato y más culpable—dijo el rey—pero sea, querido primo, todo lo que quisiéreis, con tal que obtengáis el consentimiento de las partes interesadas.

—En cuanto á esto desechad toda inquietud—respondió el duque.

Y en consecuencia, algunos minutos después de haber propuesto este negocio se mandó comparecer delante de los dos príncipes al duque de Orleans y á la condesa de Croye, que llegó acompañada, como la otra vez, de la condesa de Crève-Cœur y la abadesa de las Ursulinas. Carlos de Borgoña les participó que la prudencia de los príncipes había resuelto su unión, como una prenda de la perpetua alianza que debía reinar en lo sucesivo entre Francia y Borgoña. Luís oyó esta declaración sin hacer objeción alguna, guardando triste silencio y sintiendo la mengua de su autoridad.

Al duque de Orleans le costó mucho trabajo reprimir los arrebatos de alegría que le causara esta noticia, y á la cual no le permitía la delicadeza entregarse abiertamente en presencia de Luís, siendo necesaria la influencia del temor que le inspiraba habitualmente este monarca para no dar publicidad á sus deseos y limitarse á responder «que era deber suyo dejar la elección de esposa al gusto de su soberano.»

—Querido primo de Orleans—dijo Luís con ceñuda gravedad—ya que me es posible hablar en ocasión tan poco agradable, no necesito recordaros que el aprecio que tributaba á vuestro mérito me excitó á elegiros una esposa en mi propia familia; pero ya que mi primo de Borgoña está persuadido de que el disponer de otro modo de vuestra mano será la más segura prenda de la unión que debe reinar entre sus Estados y los míos, me es demasiado sagrado este objeto, para sacrificar á él mis deseos y mis esperanzas.

El duque de Orleans se hincó de rodillas, y besó, por esta vez con sincero afecto, la mano que el rey le alargó, pero volviendo el rostro. Conoció con esto, lo propio que todos los testigos de esta escena, que daba el rey su consentimiento contra su voluntad; pues de esta manera, iniciado en los misterios del arte del disimulo, quiso en esta ocasión que fuese visible su repugnancia y que se conociese en él un rey que abandona su plan favorito y sacrifica el cariño paternal al interés de la patria y necesidades del Estado. El mismo duque de Borgoña experimentó alguna agitación; pero el corazón de Luís de Orleans saltó de alegría involuntaria, por verse tan inopinadamente libre de los lazos que le ligaban con la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

princesa Juana. Si él hubiese sabido las maldiciones que el rey le echaba interiormente en este instante, los proyectos de futura venganza que trazaba ya, es probable que su delicadeza le ahorrara algunas reconvenciones secretas que le estaba haciendo.

Carlos, dirigiéndose entonces á la condesita, le manifestó con aspereza que la unión proyectada era un negocio que no admitía retardo ni vacilación; añadiendo al mismo tiempo, que debía considerarse como un resultado harto favorable por cierto de su terquedad en otra ocasión.

—Señor—dijo Isabel recogiendo todo su valor—conozco los derechos de Vuestra Alteza y me someto á ellos.

—Basta, basta—dijo el duque interrumpiéndola—ya arreglaremos lo demás. Vuestra Majestad—continuó dirigiéndose á Luís—ha disfrutado esta mañana de la caza del jabalí ¿desearía dedicarse ahora á la del lobo?

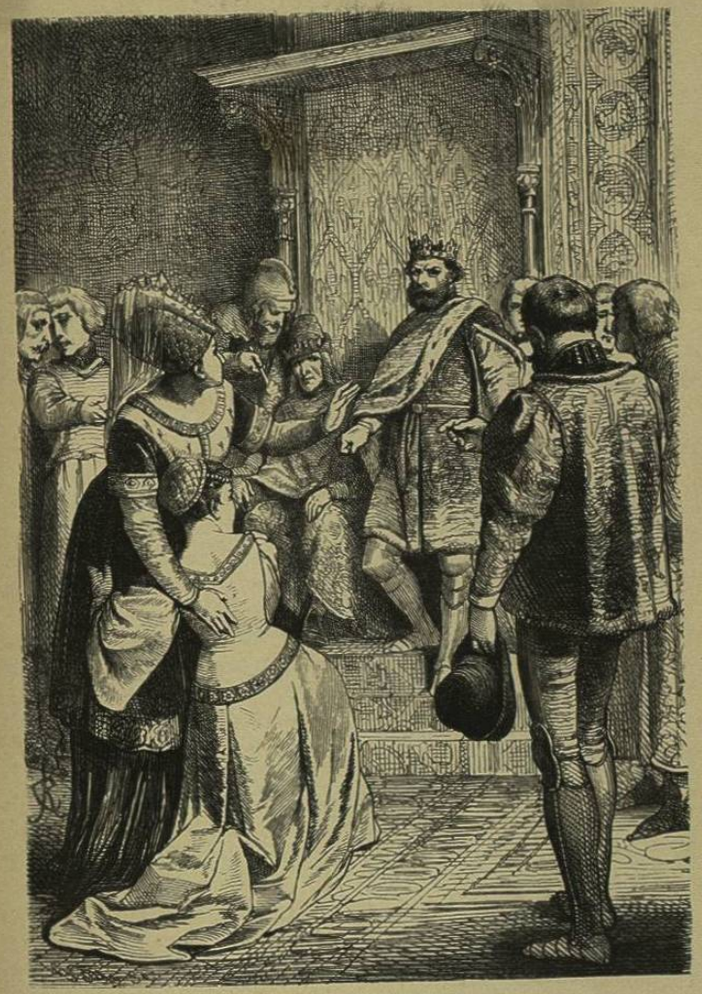
La condesita se vió en la necesidad de armarse de resolución.

—Vuestra Alteza no me ha comprendido bien—dijo con timidez, pero bastante alto y en tono suficientemente decidido para obligar al duque á concederle una atención que, de otro modo, acaso le hubiera llevado á negarle cierta previsión de lo que iba á decir.—La sumisión de que hablo, sólo se refiere á las tierras y dominios que los antepasados de Vuestra Alteza otorgaron á los míos, y pongo otra vez á la disposición de la casa de Borgoña, si mi soberano cree que mi desobediencia en un solo punto me hace indigna de conservarlos.

—¡Ah, por San Jorge!—exclamó el duque dando una patada con furor.—¿Sabe esa joven loca en presencia de quién se encuentra y á quién se dirige?

—Señor—respondió Isabel sin inmutarse—sé que me hallo delante de mi señor feudal, y espero todavía en su justicia. Si me priváis de los bienes que la generosidad de vuestros abuelos concedió á mi casa, rompéis los lazos que la ligan á la vuestra. Yo no os debo á vos este débil y perseguido cuerpo, y mucho menos el espíritu que le anima: mi intención es consagrar á Dios uno y otro en el convento de las Ursulinas y de vivir allí bajo la dirección de esta su venerable madre abadesa.

La rabia del duque llegó entonces á su colmo; y su sorpresa



—No se dispone por fuerza de la mano de una dama.

sólo puede compararse á la que experimentaría un halcón si viese á una paloma erizar sus plumas para resistirle.

—¿Y la venerable madre abadesa os recibirá sin dote?—preguntóle con insultante sonrisa.

—Si recibiéndome como decís — respondió Isabel — ocasiona algún perjuicio á su convento, me lisonjeo de que queda todavía bastante caridad entre los nobles amigos de mi familia para no dejar sin socorro á una huérfana, último vástago de la casa de Croye.

—Eso es falso — exclamó el duque — es un pretexto para encubrir alguna secreta é indigna pasión... Duque de Orleans, ella será vuestra, aunque debiese yo arrastrarla al altar con mis propias manos.

La condesa de Crève-Cœur, dama de gran valor, que contaba con el mérito de su marido y el favor de que gozaba, no pudo guardar por más tiempo el silencio.

—Señor — dijo al duque—vuestro enojo os arrebata y hace que empleéis un lenguaje indigno de vos. La fuerza no puede disponer de la mano de una mujer ilustre.

—Y no es propio de un príncipe cristiano — añadió la abadesa—oponerse á los deseos de un alma piadosa, que fatigada de los trabajos y persecuciones del mundo, quiere ser la esposa del Señor.

—Y mi primo de Orleans — dijo Dunois — no puede aceptar decorosamente una proposición de matrimonio con una dama que tanto se opone á ello públicamente.

—Si se me concediese algún tiempo — dijo el duque de Orleans, en cuyo ánimo impresionable hicieran profunda sensación los atractivos de Isabel — para que se mirasen mis pretensiones á la mano de la condesa bajo un punto de vista más favorable...

—Señor — dijo Isabel alentada nuevamente por lo que acababa de oir — ese plazo sería inútil. He tomado ya la resolución de no acceder á este enlace, aunque infinitamente superior á mis merecimientos.

—Pues yo — dijo el duque de Borgoña — no tengo tiempo de aguardar á que sus caprichos cambien con la primera fase de la luna. Príncipe de Orleans, yo haré que esa joven se persuada dentro de una hora de que la obediencia es para ella objeto de primera necesidad.

—Pero no será ya en favor mío, señor—respondió el duque, que conoció que el honor no le permitía prevalerse de la obstinación de Carlos—una sola negativa pública y terminante es suficiente para un príncipe de la sangre real de Francia; después de esto es imposible que yo conserve tal pretensión.

El duque lanzó entonces una mirada de furor al príncipe de Orleans y luégo á Luís; y viendo en las facciones de éste cierta expresión de secreto triunfo, que el rey, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo enteramente disimular, estalló su cólera como una tempestad.

—Escribid—dijo dirigiéndose al secretario del consejo—escribid mi sentencia de confiscación y de encierro contra esa rebelde é insolente vasalla. Que se la ponga en el *Zuchthaus*, en la casa de la reclusión; y que tenga por compañeras á aquellas infames mujeres que, por sus desórdenes, fueron sus iguales en descaro y desvergüenza.

Esta disposición promovió un murmullo general en toda la asamblea.

—Señor—dijo el conde de Crève-Cœur, encargándose de llevar la palabra en nombre de los demás—semejante orden necesita madura reflexión. Nosotros, vuestros fieles vasallos, no podemos permitir que recaiga tal mancha sobre la nobleza y la caballería de Borgoña. Si la condesa es culpable, castíguesela, pero de un modo decoroso á su clase y á la nuestra: y que no se extienda el oprobio hasta los que estamos unidos á su casa con los vínculos de la sangre y parentesco.

El duque guardó silencio por un rato, mirando de frente al que acababa de hablarle así, al modo que un toro á quien obliga su conductor á separarse del camino que quiere seguir, para calcular si le obedecerá, ó si se le echará encima para hacerle volar con sus astas.

La prudencia, sin embargo, sujetó el furor. El duque vió que los sentimientos que Crève-Cœur acababa de expresar eran los de todos sus consejeros; y temiendo que Luís sacase alguna ventaja del descontento de sus vasallos, y llegando, probablemente, porque era más vivo é impetuoso que malvado, á avergonzarse del indecoroso exceso á que se dejara arrastrar:

—Tenéis razón, Crève-Cœur—dijo al fin—he hablado con

demasiada precipitación. Su destino se determinará según las leyes de la caballería: su fuga á Lieja fué la señal del asesinato del obispo; y el vengador de este crimen, quien me presente la cabeza del Jabalí de las Ardenas, podrá reclamar su mano por recompensa, y si ella entonces se niega á obedecer, obtendrá aquél todos sus dominios y dejaré á la generosidad del vencedor el concederle la suma que tenga por conveniente á fin de que pueda retirarse á un monasterio.

—Señor—dijo Isabel—considerad que soy la hija de vuestro antiguo amigo, de vuestro leal y valeroso servidor el conde Reinaldo. ¿Quisiérais destinarme por premio al brazo que mejor supiese manejar una espada?

—La mano de vuestra abuela fué ganada en un torneo—respondió el duque—y se combatirá para conseguir la vuestra en una verdadera batalla. Solamente, por atención á la memoria del conde Reinaldo, vuestro esposo deberá ser noble y gozar de una reputación sin tacha. Pero sea quien fuere el vencedor de la Marck, aun el más pobre de cuantos hubiesen ceñido cinturón, tendrá por lo menos el derecho de disponer de vuestra mano: y lo juro por san Jorge, por mi corona ducal y por la distinguida orden de mi casa. Y bien, señores, continuó dirigiéndose á sus consejeros, juzgo que esto es lo más conforme á las leyes de la caballería?

Las observaciones de Isabel fueron sofocadas por mil aclamaciones y muestras de satisfacción general, oyéndose sobre todas las demás la voz del viejo Lord Crawford, que se lastimaba de que el peso de los años le impidiese aspirar á tan hermoso premio. El duque quedó satisfecho de este murmullo general de aprobación, y empezó á calmarse su violencia, como la de un río salido de madre que vuelve á su primer cauce.

—¿Y nosotros, á quienes la suerte ha proporcionado ya compañeras, nos veremos obligados á ser meros espectadores de esta gloriosa lucha?—dijo Crève-Cœur.—Mi honor no me lo permite. He hecho un voto, y debo cumplirle á expensas de ese bruto de erizado pelo y ensangrentados colmillos, de ese infame De la Marck.

—Pues bien, animo, Crève-Cœur—dijo el duque;—hiere de punta y tajo; gánala, y si no puedes casarte con ella, dispondrás de su mano como gustes: la cederás al conde Esteban tu sobrino, si así te place.

—Muchas gracias, señor—respondió Crève-Cœur;—me portaré del mejor modo que sepa en la pelea; y si logro desalojar y derribar al Jabalí, Esteban verá si su elocuencia es más persuasiva que la de la digna Abadesa.

—Presumo—dijo Dunois—que no les será prohibido á los caballeros franceses el disputar tan hermosa prez.

—¡No lo permita Dios, valiente Dunois!—replicó el duque—aunque no fuese más que para ver cómo os lucís. Me conformo en que la condesa Isabel se case con un francés... Sin embargo—añadió—se entiende que el conde de Croye pasará á ser vasallo de Borgoña.

—Basta, exclamó Dunois—si ha de ser así, la corona del conde de Croye no dominará jamás la banda de mi escudo. Quiero vivir y morir francés; pero bien puedo, renunciando á sus dominios, blandir la espada por una dama.

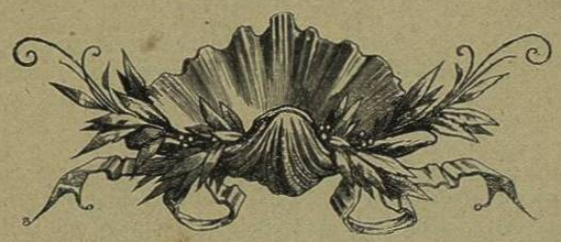
El Acuchillado no se atrevió á levantar la voz en tal asamblea; pero estuvo murmurando á solas:

—Vamos, Saunders Souplejaw, piensa en tu promesa. Siempre me dijiste que nuestra casa debería su fortuna á un matrimonio: nunca encontrarás más propicia ocasión de cumplir tu palabra.

—Nadie piensa en mí—dijo Glorioso:—sin embargo, tengo mayor seguridad de ganar el premio que ninguno de vosotros.

—Tienes razón, mi sabio amigo—dijo Luís;—tratándose de una mujer, el más loco es siempre el más favorecido.

Mientras que los príncipes y caballeros de su comitiva se chanceaban de este modo sobre el destino de Isabel, la madre Abadesa y la condesa de Crève-Cœur que se retiraran con ella, procuraban en vano consolarla. La primera le aseguró que la santa Virgen no permitiría que lograsen obligarla á desechar la resolución que había formado de consagrarse á Dios en el recinto de una casa protegida por Santa Úrsula. La segunda le prodigó consuelos más temporales, diciéndole que ningún caballero, digno de este nombre, que llevase á cabo la empresa á cuyo éxito había señalado el duque el premio de su mano y de sus bienes, querría aprovecharse de esta circunstancia para forzar su albedrío; y hasta añadió que el afortunado vencedor no era imposible fuese uno que alcanzara gracia á sus ojos y hallase medio de reconci-

liarla con la obediencia. Tanto el amor como la desesperación se asen de la más ligera rama; y por débil y vaga que fuese la esperanza que le ofrecía este discurso, el llanto de Isabel al escucharle se vertía con menos amargura (1).

(1) En el siglo XV no era tan probable que el dar en matrimonio la mano de una rica heredera dependiese del éxito de una batalla, como cuando las leyes de la caballería se observaban más generalmente. Con todo, no es inverosímil que tal suceso ocurriera bajo el mando de un príncipe tan absoluto como Carlos el Temerario, y dadas las circunstancias que aquí se suponen.